el edificio grande de tan gloriosas virtudes con que se dispuso para la santa muerte que fué premio de tan religiosa vida.

§ IV

De su enfermedad y dichosa muerte.

Apenas comenzó á gozar esta Provincia de la apacible y santa compañía del P. Agustín Quiroz, cuando Nuestro Señor se lo llevó para sí. Tres meses no más estuvo en ella y todos tres estuvo enfermo sin tener un día de salud, como ni tampoco le tuvo desde que se embarcó en Cádiz, y así continuándose todo este tiempo su indisposición y enfermedad, que algunos de los médicos la juzgaron por especie de hidropesía, que le enflaqueció tan por extremo, que sin sobrevenirle el achaque común de calentura le acabó. Mucho antes se dispuso y preparó para esta última jornada, pues antes de salir de Sevilla hizo en orden á esto confesión general, y por la mar muchas y varias veces trataba de la muerte, y en la enfermedad se reconcilió y recibió la sagrada Comunión muchas veces, hallándose en ella con una paz y seguridad de conciencia tan grande, que causaba envidia á los que lo veían, dando continuamente gracias á Nuestro Señor porque no tenía cosa que le diese cuidado, y así toda su ocupación eran coloquios tiernos con Dios, con la Virgen y sus santos devotos, cuyas Imágenes hizo le pusiesen delante de la cama para tenerlos á la vista y hablar con ellos. Su continua jaculatoria era: Bendito sea Dios, alabado sea Dios, glorificado, cúmplase su santísima voluntad en todo y en mí también. Fué perdiendo el uso de los sentidos, y viendo que sólo el oído tenía entero, dió gracias á Nuestro Señor por este beneficio, porque podía oir algunas cosas que le decían los Padres que le asistían, agradeciéndoselos y pidiendo le dijesen mucho de Dios y de la bienaventuranza, como quien ya la miraba tan cercana.

Súpose su enfermedad y peligro en la ciudad de México, que mostró grande sentimiento por la falta de un varón tan santo, y habiéndolo sabido el Excelentísimo Virrey de esta Nueva España y el Marqués del Valle, y el Conde de Santiago, los mayores señores de este Reino vinieron luego á visitarle. Y S. E. sin querer sentarse en una silla que se le tenía prevenida, se hincó de rodillas ante la cama, y aunque el Padre Visitador le hizo instancia para que se sentase, respondió: «Así Dios guarde á vuestra Paternidad, que estoy muy á mi gusto; mucho siento su ausencia, cuanto envidio su muerte, porque tengo por cierto que va á gozar de Nuestro Señor, donde deseo y le ruego que se acuerde de mí, para que me dé tan buena suerte en mi fin, y le ruegue me ayude y me alumbre en este gobierno, porque me debe vuestra Paternidad mucha voluntad. Vaya muy consolado vuestra Paternidad y vea si tiene alguna cosa que encargarme, ó persona, ó deudo que le toque para que yo le acomode, que lo haré de mejor gana que á mis mismos sobrinos ó á otros de mi linaje.» A esto, levantando los ojos y manos al cielo, le respondió el Padre, agradeciéndole la merced que le hacía y que no se le ofrecía nada en esta parte que suplicarle. Replicó el Virrey: «pues qué mayor dicha que morir con

tanta paz y sin cosa que le dé cuidado. No tienen mayor ni tal ventaja ni los Papas, ni los reyes.» Estuvo en este razonamiento siempre de rodillas y cubierto, y concluyó con quitarse la gorra y por tres veces con grande instancia le pidió la mano y la bendición, y aunque lo rehusó el Padre, se la hubo de dar por su consuelo. Tornóle á pedir el Virrey se acordarse de él en el cielo, y añadió que le hubiera venido á ver muchas veces si el cargo y oficio no se lo estorbara; y con esto se levantó hablando palabras encarecidas de su santidad con el mucho aprecio y estima que había concebido de ella.

Llegó después el Marqués del Valle, y con mucha cortesía se despidió del Padre pidiéndole su bendición, haciendo lo mismo el Conde de Santiago. Otro día vino el señor Inquisidor y el Marqués de Villamayor, que con la misma cortesía y ternura se despidieron del Padre, el cual les agradeció con mucho comedimiento lo que con él hacían. Acciones todas de tanta ternura y edificación, que á todos los de casa y de fuera que asistieron, sacaron muchas lágrimas á los ojos y encendieron los deseos á la imitación de una vida tan religiosa para merecer una muerte tan pacífica. Esta noche, que fué la de 13 de Diciembre, á las dos y media de la mañana del año de 1622, habiendo recibido todos los santos sacramentos, falleció con mucha paz y serenidad, indicio de la que había tenido en su vida. Habiéndole Nuestro Señor traido sólo para que edificase con su ejemplo y dejase envidiosos de su vida y muerte á todos los de esta Provincia mexicana, se lo llevó su divina Majestad á descansar en su gloria en el Colegio de México, de 56 años de edad, 41 de Compañía y 21 de Profeso de cuatro votos.

General fué el sentimiento de toda la ciudad en sabiendo su fallecimiento, principalmente del Virrey, que con palabras de grande estimación de su santidad mostró le fuera muy grato el asistir á su entierro y honrarle con su presencia si no se lo estorbara su oficio; pero los demás títulos, personas públicas de los tribunales que hay en la ciudad, señores de la Real Audiencia, Prebendados y Cabildo eclesiástico, caballeros y de todas las religiones gran número, fué el acompañamiento de su entierro, llevando el cuerpo lo más lucido del Cabildo y de las religiones en sus hombros. Dejó en la ciudad nombre de santo, y se echó bien de ver cómo sabe honrar Dios, y honra aun acá en la tierra á sus grandes siervos.—Escribe de este insigne varón y resume su vida el P. Felipe Alegambe en su biblioteca de los escritores de la Compañía.

CAPITULO XXV.

Vida y virtudes del evangélico misionero entre naciones bárbaras, P. Cristóbal de Villalta. Año de 1623.

Aunque en la historia que escribí de las Misiones y Triunfos de la Fe, en la Provincia de Sinaloa, hice relación de las conversiones de naciones que redujo á nuestra santa fe este evangélico misionero, y dije algo de su celo santo y trabajos padecidos en aquellas evangéli-

cas empresas; pero quedóse para escribir aquí su vida y muy señaladas virtudes, porque quiso Nuestro Señor llevárselo estando ya fuera de las Misiones y haciendo viajes por orden de la santa obediencia, en que acabó felicísimamente su santa vida.

Fué natural de Granada el P. Cristóbal de Villalta, hijo de muy honrados padres en aquella ciudad, donde habiendo estudiado la gramática fué recibido en nuestra Compañía en la Provincia de Andalucía, donde también con grandes ejemplos de religión y aprovechamiento en las letras estudió las Artes y Teología, y el año de 1602, siendo señalado el P. Ildefonso de Castro para que pasase por Provincial á nuestra Provincia de Nueva España, y sabiendo que el Hermano Villalta (que aún no era sacerdote) tenía vocación, y que Dios le llamaba para que se emplease en Misiones de Indias, conociendo la mucha virtud y condición (que era angelical) del sujeto, procuró que fuese uno de los veintitrés que traía consigo á la Nueva España. Ordenóse de sacerdote en Sevilla, disponiéndose con gran júbilo de su alma para la partida, porque le parecía le cumplía Dios los deseos que le había dado de ayudar y trabajar mucho en la conversión y salvación de los Indios, y que este empleo lo había de hallar en las Indias, para donde al presente le señalaba la santa obediencia. Llegado á México con estos deseos, ellos mismos lo animaban á abrazar todos los medios que podían ayudarle para este intento. Y entendiendo que saber la lengua de los Indios era de los principales, se aplicó luego á aprender la mexicana con muy gran diligencia, y aunque en ella había aprovechado de suerte que podía confesar y predicar, y lo había comenzado á hacer en la Iglesia de San Gregorio de los Indios, pero ofreciéndose entonces ocasión en que eran menester operarios para las Misiones de Sinaloa, donde se abría puerta á nuevas conversiones de gentiles que pedían el santo bautismo; siendo señalado de los Superiores para esta empresa, hizo su viaje de trescientas leguas que hay de México á las Misiones de Sinaloa, y en llegando á ellas puso todo su cuidado en saber las nuevas lenguas de las naciones que se le encargaron, no contentándose si no los doctrinaba en su propio lenguaje. Y así aprendió dos, que fueron la más general de Sinaloa y otra particular de los Zoes, porque el fervor de este predicador del santo Evangelio le facilitaba las dificultades que en esta empresa se ofrecían.

Luego, pues, que el P. de Villalta se vió con mies en que poder ejercitar los deseos que Nuestro Señor le había comunicado, comenzó á cultivarla con grande diligencia. Bautizó á los párvulos y comenzó á edificar Iglesias y catequizar los adultos, reduciendo los que todavía vivían en rancherías á pueblos y puestos acomodados para ser doctrinados, y con su continua diligencia vino á asentar las dos misiones de Sinaloas, Lues y Zoes, amansándolos y poniéndolos en policía y orden de cristianos, siendo tan aventajado en las nuevas lenguas que había aprendido, que con muy grande facilidad enseñaba y predicaba todos los misterios de nuestra santa fe. Y con la grande facilidad que había adquirido en ellas, parece se hacía señor de las voluntades de los Indios, como se vió en varias ocasiones de alzamientos que con sus pláticas los quietó y los pacificó para que no siguiesen los consejos de los hechiceros que los pretendían inquietar. Diez y seis años había trabajado en esta primera Misión con grande tesón este evangélico Ministro, no obstante que los tiempos y estado de los Indios se

variaba (como suele suceder) en las Misiones y nuevas conversiones, y cuando parece que había de tomar algún descanso de los grandes trabajos que había padecido en dar asiento á la cristiandad de estas primeras naciones que se le habían encargado, dejando esas por orden de la santa obediencia, hubo de pasar á las de los Yaquis, en que con no menos constancia en vencer dificultades y peligros, trabajó otros tres años, ejercitando juntamente el oficio de Superior de los nuestros que están en los tres ríos de aquella Provincia, que son el de Mayo, Nevome y Yaqui. Empresas todas estas en las cuales el P. Cristóbal de Villalta dió muestra de sus grandes virtudes y ejercitó los muy singulares talentos de que Nuestro Señor le había dotado; de los cuales podré hablar como testigo de vista, porque además de haber pasado en su compañía desde Sevilla á las Indias, después por tiempo de diez y seis años, concurrimos juntos en las Misiones de Sinaloa, donde siempre reconocí en este Ministro evangélico un ardiente celo de la salvación de las almas, acompañado de muy ejemplares virtudes de religión de que hablaremos ahora, y después de su santa muerte.

Habíale traido Nuestro Señor desde sus tiernos años á la religión, y así tenía una grande candidez y sinceridad de ánimo, como quien no sabía ni había gustado de la malicia del mundo. Todo su cuidado era de los ejercicios espirituales y de religión, aun andando en los retiramientos que de los Colegios tienen las Misiones y ocupaciones de ellas. Principalmente cuidaba de la oración, conociendo su importancia, así para hacer fruto en las almas como para conservar las virtudes y espíritu religioso; y en orden á esto, había hecho voto de tener otra hora de oración además de la hora de la mañana que se usa en la Compañía, aunque fuese menester que él se la quitase del sueño. En la virtud de la obediencia, fué muy señalado, y así cantó victorias, y en casos bien dificultosos dió ejemplos de ella, como cuando le enviaron á las Misiones de Sinaloa, las cuales en aquel tiempo estaban muy llenas de trabajos y peligros, y él las aceptó con muy grande consuelo suyo, no obstante que ya había aprendido la lengua mexicana, y aprovechado tanto que el gran Maestro de ella, P. Juan de Tovar, alababa el talento y propiedad con que la hablaba el P. Villalta, y ya había comenzado á trabajar en ella, y pudiera quedarse á proseguir en este ministerio en el Colegio de México. Pero con grande alegría se sujetó á la disposición de la obediencia, la cual también mostró después aún con mayor rendimiento; porque habiendo trabajado tres años y padecido muchos y grandes trabajos en amansar y convertir las dos naciones que se le encomendaron en Sinaloa, en asentar pueblos, hacer casas é Iglesias, y cuando ya parece había de descansar de los inmensos trabajos que en nuevas Misiones se pasan, habiéndose ofrecido necesidad de que un Padre de experiencia y lengua entrase á la Misión de Indios muy belicosos del río de Yaquis, y pareciéndole al Superior que ninguno sería más á propósito que el P. Cristóbal por ser experimentado y saber la lengua de aquellos Indios con eminencia, le encargó esta empresa, aunque reconociendo que de suyo tenía harta dificultad, porque el Padre debía de dejar las Iglesias que había hecho, é ir á edificar otras de nuevo, y así, para proponerle esta mudanza con más suavidad, le llamó de su partido al Colegio de Sinaloa, no declarándole para qué lo llamaba sino que habían llegado cartas de México y había que consultar algunas cosas á los Consultores, y que los demás le es-

taban aguardando, porque era uno de ellos. Vino luego el Padre, y en llegando le dijeron los Padres: «vamos á visitar al Santísimo Sacramento y ofrecerse todo al Señor para lo que quisiere.» En saliendo de la Iglesia, entendiendo para lo que le llamaban, dijo con grande paz y consuelo: «¿qué es, vamos á nueva Misión? pues alto, muy enhorabuena, y si me hubieran avisado me hubiera ido desde allá luego.» Y en habiendo declarado el Superior la nueva empresa para que le habían llamado, se partió al río de Yaqui, más de veinte leguas la tierra adentro sin proposición alguna y dejando su primitiva feligresía é Iglesias que había edificado y fundado con inmensos trabajos, para ir á fundar otras de nuevo, dejando los hijos primitivos que había engendrado en Cristo, y le amaban tiernamente, apartarse de ellos é ir á trabajar de nuevo con una Nación tan belicosa, cual lo fué la de los Yaquis. Todas estas dificultades venció la pronta obediencia del P. Cristóbal de Villalta.

Y si hubiéramos de escribir en particular del celo santo, del bien y salvación de las almas que resplandecía en este operario evangélico pudiéramos alargarnos mucho, pero eso se podrá entender por los grandes trabajos y peligros que padeció por tiempo de 19 años en estas empresas. Porque lo primero, apenas se pueden contar las leguas que en estos caminos anduvo reduciendo rancherías, visitando sus pueblos que siempre fueron muchos los que tuvo á su cargo, acudiendo á enfermos porque lo llamaban de noche y de día de diferentes partes, y mas en tiempo que corrían las enfermedades y géneros de pestes que suelen padecer estas naciones. A esto se añadían los fortísimos soles y calores de este clima que son excesivos, como escribimos en la Historia de estas Misiones, caminos asperísimos que anduvo para reducir gente serrana que vivía entre riscos y picachos, como fueron los que se llamaban Huites, que quiere decir flecheros de que hablamos en el lugar citado, que fuera cosa larga el repetirlo aquí; como también si quisiéramos contar los peligros de perder la vida en que este misionero evangélico se vió por comunicar la luz del Evangelio á almas que estaban sepultadas en las mayores tinieblas de la gentilidad de cuantas se han descubierto en el mundo y que vivían en una tierra la más falta de comodidades para sustentar la vida, principalmente en aquel tiempo, de cuantas se han descubierto. El pan cuotidiano del Padre eran tortillas de maíz, y el más regalado manjar tasajos de vaca, y en no pocas ocasiones se hallaba obligado á pasar con el maíz tostado y calabazas asadas ó cocidas en agua, que es el propio manjar de aquellas naciones, cuyas almas deseaba encaminar al cielo. Y lo que realzaba y subía de punto estos trabajos que padecía el Padre Cristóbal de Villalta, era la alegría y gusto con que los llevaba. Admirábanos á los Padres, que nos hallábamos en aquellas Misiones el ver un sujeto que de suyo era tan delicado y flaco, que no parecía que había de tener fuerzas para sufrir un año de tantos trabajos, vérselos llevar continuados por tantos años y con tan grande consuelo y alegría, como mostraba en su exterior semblante que era de ángel, lo cual en él nacía del grande celo que Dios le había comunicado de la salvación de las almas. Y ese celo también le impelía á inventar todas las trazas singulares de que para ganarlas usaba, para prueba de lo cual no se puede dejar de repetir aquí el caso que referimos en la Historia de las Misiones. Y es, que hallando enfermo á

un Indio viejo de mucha edad, con la piel ya pegada á los huesos y casi muerto, y sobre todo, tan sordo que no oía cosa de las que le decían, hizo el Padre una trompetilla de caña y embudo de papel para ver si puesto al oído podía percibir alguna razón. Media hora perseveró en hablarle con este ardid mas sin fruto, porque no oía; mas encomendándole á Nuestro Señor y preguntándole si quería ir al cielo á gozar de grande alegría y consuelo, y ver á Dios, entonces dió muestras de oir algo y poco á poco vino á entender bien lo que el Padre le decía, como si nunca hubiera padecido aquella sordera, con que se hizo capaz de los misterios de la fe, y habiéndole bautizado aquel día con grande consuelo de entrambos, y otro día héchole llevar á la Iglesia para darle los Oleos santos y la Extremaunción, le llevó luego Nuestro Señor para sí, pues le conservó la vida para que el celo del P. Villalta le enviase con los demás predestinados por medio del santo bautismo á la gloria.

Del mismo celo santo del bien de las almas, nacía el amor tan paternal y caritativo con que trataba y amaba á sus Indios, y les acudía en sus enfermedades y necesidades, caminando á veces de noche muchas leguas porque ningún gentil se le muriese sin el santo bautismo, ni ningún cristiano sin los otros sacramentos. Y á llevar estos trabajos con alegría, lo que le animaba era el amor de Dios y de los prójimos que mostraba en la mucha caridad que con ellos usaba, siendo notablemente paciente en sufrir unas veces sus importunidades; otras, sus desagradecimientos, ignorancias y barbaridades, todo lo cual no era poderoso á entibiar el amor que en Cristo y por Cristo les tenía, ni la liberalidad que con ellos usaba, gastando con ellos la limosna que el Rey da para sustento de estos Ministros, quedándose muchas veces para sí falto de lo necesario, con pobreza grande en el vestido y sustento por acudir á los Indios y comprar algunas cosas para adorno de sus Iglesias y culto divino de que siempre cuidaba mucho, por ser este medio muy importante para que los bárbaros hagan debida estima de los divinos misterios de nuestra santa fe.

Habiendo, pues, gastado el P. Cristóbal de Villalta 19 años en su apostólico ministerio, llegó á México Patente de N. P. General para que fuese por Rector del Colegio de Guatemala, distante de Sinaloa seiscientas leguas. Diósele el aviso de esta orden al P. Villalta, que estaba bien descuidado de semejante ocupación, y no obstante que en los trabajos que muchas veces pasó en domar las naciones que se le habían encargado, se veía afligido y con peligros de perder la vida, naturalmente deseaba gozar la quietud que un religioso tiene en los Colegios, pero dejándose á la Divina Providencia nunca quiso proponer que le sacasen de estas Misiones; pero cuando le dieron aviso de la Patente de Rector de Guatemala, anduvo dudando y considerando si propondría de su quedada, y habiéndolo conferido y encomendándolo á Nuestro Señor, se determinó á escribir las razones que le movían á dejar correr la disposición de la obediencia, de las cuales las principales eran: que pues por la obediencia descubría Nuestro Señor ser aquella su voluntad, y también el ser la vida de los Colegios de suyo más recogida y acomodada, para cuidar uno de su propio aprovechamiento que no había sino dejar correr así la disposición del Señor, añadiendo que si acabado su oficio le volviesen á enviar á las Misiones volvería de muy buena voluntad, en que mostró el Padre el

deseo que tenía de seguir la divina, que le traía ya para premiar sus prolongados trabajos.

Porque habiéndose partido de sus amadas Misiones en que había empleado lo mejor de su vida, y habiéndose despedido de los muchos hijos que había engendrado en Cristo, y criado con la leche de su Doctrina por tiempo de 19 años, y despedídose también de los Padres de aquellas Misiones que lo amaban tiernamente por su muy amable condición, y por los ejemplos de virtud que les dejaba; se partió para México, adonde llegó, habiendo caminado 300 leguas, parando sólo tres días en este Colegio, y consolándose con sus Hermanos que hacía tantos años que no le veían, y visitando el Santuario célebre de la imagen de la Virgen Santísima de los Remedios, se partió para caminar las otras 300 leguas que le quedaban para llegar á su Colegio de Guatemala. Pero habiendo caminado la primera jornada y llegado á una venta que estaba en el camino, le sobrevino una gran calentura de repente y dolor de costado agudísimo, que le apretó de suerte que no pudo pasar adelante. Dióse aviso al Padre Rector de la Puebla que estaba á diez leguas de allí, de cómo se hallaba el P. Villalta. El Padre Rector despachó luego dos Religiosos de los nuestros para traerle á este Colegio; halláronle ya sangrado tres veces y muy fatigado del dolor. Dijo Misa uno de los Padres, administróle el Santísimo Sacramento, y luego le llevaron en hombros de Indios al Colegio. En llegando juzgaron los médicos el mal mortal, y le mandaron dar la Extremaunción, la cual recibió con mucho consuelo y devoción, respondiendo él al sacerdote que le ungía; sobreviniéronle luego algunas intercadencias, y diciéndole el Padre Rector que Nuestro Señor se lo quería llevar para sí y pagarle los loables trabajos que había pasado, él le respondió que por la bondad de Dios nada le daba pena, y que estaba muy conforme con su divina voluntad, y muy alegre de ir á verle, y que llevaba muy gran consuelo en que dejaba bautizadas por su mano 12,000 almas; y á la verdad á muchos más millares de ellas ayudó con sus sermones y Doctrina, porque fué continua y perseverante todo el tiempo que estuvo en las Misiones, y que en esta hora le pagaba Nuestro Señor muy de contado los pequeños servicios que á S. M. había hecho. Pidió le pusiesen un crucifijo delante y una imagen de la Virgen á quien encomendarse. Aquí clavaba los ojos con gran devoción, y finalmente, dando una boqueada y cayéndosele la cabeza, sin otra demostración, el séptimo día de su enfermedad le llevó Nuestro Señor para pagarle los santos trabajos que en servicio suyo y ayuda de las almas, había padecido por tiempo de 19 años continuos, y las muy religiosas obras y virtudes que en los 30 que estuvo en la Compañía ejercitó, y de que nos dejó esclarecidos ejemplos. Y tengo para mí, como quien conoció y vió el fervor apostólico con que este Misionero evangélico encaminó al cielo á tan gran número de almas, unas que eran gentiles, y convirtió á nuestra santa fe, otras ya cristianas, unas de párvulos bautizados, otras de adultos enfermos que acabados de bautizar se fueron al cielo, que cuando llegó allá el P. Cristóbal de Villalta, saldrían á tropas á recibirlo y agradecerle el inmenso beneficio que habían alcanzado por su medio. Pasó de esta vida á la eterna el año de 1623, teniendo la edad de 46, y casi los 30 de Compañía, y de ellos los 12 de profeso de cuatro votos. Está enterrado en nuestro Colegio del Espíritu Santo, de los Angeles.

CAPITULO XXVI.

Vida y virtudes del insigne predicador y ministro de Indios de la nación mexicana, P. Juan de Tovar, de la Compañía de Jesús. Año de 1626.

§ I

Su entrada en la Compañía y la eminencia de talento y elocuencia de lengua mexicana que Dios le comunicó.

De los primitivos hijos que Dios Nuestro Señor dió á nuestra Provincia de Nueva España, uno fué el P. Juan de Tovar, como lo escribimos en el Capítulo 18 del primer libro de esta historia. Porque cuando nuestros primeros Padres vinieron de España á fundar la Compañía en México, en ese tiempo el Padre era Racionero Prebendado de esta santa Iglesia y Secretario del Arzobispo, y después de su Cabildo, persona de quien por las buenas prendas y partes que en él reconocian todos, hacían mucha estimación á quien daban esperanzas de mayores promociones á que podía aspirar. Pero eso no obstante, con grande resolución, todas las renunció por asegurar (como él decía) en la Compañía su salvación. Pidió ser recibido en ella y lo consiguió, admitiéndole el P. Dr. Pedro Sánchez, primer Provincial de esta Provincia; y siendo ya sacerdote el P. Juan de Tovar, y el segundo Novicio que fué recibido en la Compañía, siete meses después que nuestros primeros Padres llegaron á México. De este singular beneficio hizo el Padre toda su vida grande estimación, diciendo y publicando que se lo había hecho Dios en premio del gusto, contento y alegría con que había formado y firmado como Secretario de Cabildo en Sede vacante, la licencia y facultad para ejercitar sus ministerios, nuestros primeros Padres, que llegaban de nuevo á este reino y Arzobispado. Y sucedió así, que desde su primera vista y llegada á México, le fueron muy agradables al P. Juan de Tovar los Religiosos de la Compañía de Jesús; pero en el breve tiempo que se ha dicho, fué creciendo ese su devoto afecto, de suerte, que pidió con grande instancia ser recibido en ella, y lo fué el año de 1564 para mucho servicio de Nuestro Señor, como en todo el discurso de su vida se vió. Entrando en su noviciado, procedía con tanta observancia religiosa y ejemplo de virtud, que los Superiores le hallaron en breve tiempo sazonado para emplearlo en los Ministerios de nuestra Compañía. Lo cual no suele hacerse, sino después de varias probaciones en la religión.

Y para escribir aquí las eminentes virtudes que por tiempo de 53 años que estuvo en la Compañía resplandecieron en este santo varón, comenzaremos por lo que por todo ese espacio de tiempo incesantemente ejercitó, esparciendo los rayos de su evangélica predicación y doctrina en la grande nación mexicana, con ardiente celo del aprovechamiento y salvación de estas almas, cuando podíamos decir que la nación aún era nueva en haber recibido nuestra santa fe. Al santo